

TRES ROSTROS DE MUJER



En la semana pasada ha sido presentada, en Milán, la película que ha interpretado la ex emperatriz Soraya y con la que hace su debut cinematográfico. Las noticias que hemos leído en la prensa sobre los resultados artísticos de esta obra nos indican que la ex emperatriz ha salido airosa de su cometido, pero no triunfante. La extraordinaria belleza de la actriz acusa todos sus valores en la pantalla, pero su expresividad dramática no es todavía suficiente. La mayoría de los críticos la tratan de fría y de cauta. Es todavía una actriz tímida. Pero añaden que no todas las culpas de la atonía del film son de Soraya. Muchas de ellas pudieran ser cargadas en cuenta de los directores de los "sketches", principalmente de los dos que abren la cinta. El tercero, que es casi un novel, Franco Indovila, con la aportación interpretativa de Alberto Sordi, resulta el más diestro.

Lo que, ciertamente, fue un gran éxito fue la representación misma. La sesión de gala en el lugar del estreno presentaba el fasto increíble de los pasados tiempos de la "belle époque": el vestido verde pálido que llenaba Soraya como sus ojos, el peinado recogido que destaca las líneas clásicas de su rostro, los brillantes y las joyas, el "Rolls" en el que llegó a "Il Teatro Nuovo" de Milán, en compañía del productor Dino de Laurentiis, nos han sido descritos con tintas elocuentes. Las alfombras persas, dignas del pasado imperial de la nueva actriz, y los millares de orquídeas que ilustraban la escalera de honor del teatro, hicieron de la noche de la representación un espectáculo fascinante ya en sí mismo. La ex emperatriz se mostraba tímida y sonriente, pero muy serena en mitad de la expectación.

La película se titula, intencionadamente, "Los tres rostros de una mujer". Esta triple exaltación facial es eficazmente publicitaria. La imagen del rostro de la ex emperatriz ha sido abundantemente difundida en los últimos años. El primer plano de la nueva actriz ha llenado las portadas de los "magazines" con extraordinaria profusión desde que dejó el trono de Persia. Sus ojos grandes, almendrados y oblongos, han sido admirados por el mundo entero. Verlos vivir es uno de los alicientes de la actuación cinematográfica de Soraya. Pero es que, además, el título "Los tres rostros de una mujer" tiene, aplicado a Soraya, una cierta y sintomática repercusión simbólica. Conocemos ya dos de los rostros de la ex emperatriz de Persia. La conocemos, en primer lugar, en las circunstancias de su misión oficial y en la realeza; y la conocemos en su especie de exilio espiritual, cuando fue repudiada. Ahora se nos va a ofrecer el tercer rostro de esta mujer hermosa.

El primer rostro, el de la emperatriz, tenía el nimbo glorioso que dan a los personajes soberanos la luz de las regias arañas, el tamiz de los salones de recepción y la distancia que se interpone entre ellos y la multitud. Es un nimbo que no nos deja entrever del todo la calidad física y espiritual del personaje. Hay un tamiz y un lustre que es como un maquillaje supremo en la tez y que elimina los claroscuros. El nimbo de los grandes personajes ya se parece un poco, en sí mismo, a los maquillajes cinematográficos. El personaje no está allí del todo. Hay una serie de reservas, oficiosas y de protocolo, que nos lo disimulan y ocultan. Quizá por ello resulte noticia sustanciosa retratar a princesas y personajes en traje de baño o en el momento espontáneo y sin pose de cualquiera de sus actitudes íntimas. Esa forma de desnudar al mito que tienen algunos reporteros ha producido muchos disgustos a la tiesa Corte inglesa. Quizá el éxito del actual conde de Snowdon respecto a la princesa Margarita fuera porque ella se sintiera un día teléricamente sorprendida por el objetivo fotográfico de él. En el fondo, muchas de esas figuras coronadas se deben de sentir muy incómodas con el corsé que les pone la pompa y la tradición. En cuanto hay alguien que les quita de pronto este corsé protocolario, aunque sea en una instantánea, deben sentir la emoción de una entrega involuntaria, pero deseada. En Soraya ese rostro no fue, sin embargo, traicionado. Mantuvo su empaque y su gloria por largo tiempo mientras fue emperatriz de Persia.

No es difícil ser princesa. Lo que es difícil es, sin duda, hallarse a la salida del baile con un zapato de menos, como la Cenicienta. Eso es lo que le ocurrió exactamente a la emperatriz Soraya. El trono de Persia requería una descendencia y la emperatriz no se la podía dar. Los pasos de Soraya

por los pediatras más famosos del mundo no pudieron procurar un heredero a la Corona imperial. Y la mujer más hermosa del mundo se encontró de pronto en la vida vulgar como con un zapato de menos.

Nueva Cenicienta, el porvenir no era sencillo para quien compartía como emperatriz el tálamo y la jerarquía de los reyes. La princesa podía haber elegido varios caminos. Hace media docena de siglos, la ex emperatriz se hubiera prácticamente lapidado en un convento para el resto de sus días. Ahora, quizá otra mujer hubiera moderado este enterramiento en las casonas campestres que aún poseen parte de la aristocracia europea, en Francia, en la Bretaña o en el Tirol, para inventarse un mundo nostálgico de carrozas y pergaminos. No; Soraya se mezcló con la vida, con la existencia mundana en los restaurantes de París o en los balnearios de nieve de los Alpes suizos. El mundo entero parecía estar comprometido con el futuro de esta mujer y los buenos burgueses deseaban que encontrara pronto a un nuevo apuesto galán de su talla, capaz de formar con ella una de esas parejas, respetables pero pintorescas, a las que acostumbra a invitar en su barco el armador griego Onassis, entre litros de whisky y jolgorio. La curiosidad de la gente europea no dejaba en paz a Soraya; se le atribuían relaciones sentimentales diversas, porque se la descubriera cenando en compañía de uno o de otro. En el ánimo de la mujer sentimental que es el entramado de la sociedad europea, pervivía aún la idea de que esta hembra hermosa, pero fracasada a lo largo de un proceso conyugal sin fruto, pudiera ser sujeto de un romance para jovencitas. A muchas de ellas les habrá desilusionado que la ex emperatriz haya cedido a las sugerencias del cine. Pero ese mundo de la fábula y de la invención era el único, quizá, que podía cobijar la soledad de esta persona, disuadirla de las caídas en la melancolía e insuflarle una vida nueva.

Era, pues, casi inexorable que esta mujer había de adquirir un tercer rostro, aun a riesgo de que para nosotros dejara de ser aquel mito y arrojara los peligros del autógrafo y de la publicidad. Desde el invernadero palaciego de Teherán hasta la proyección multitudinaria del cine, media la distancia de los antípodas. Pero nos parece una excelente medida de precaución personal la que ella ha tomado. Es posible que en adelante, si triunfa en su cometido, Soraya se sienta acompañada por millones de gentes.

¿vidas paralelas?

Hemos pensado muchas veces en el sino divergente, y hasta contradictorio, que tienen ciertas figuras paralelas en un mismo momento de la Historia. Plutarco pudiera extraer consecuencias de la comparación entre el signo vital de Soraya y el de la princesa de Mónaco. Antes de la noticia del fracaso del matrimonio del Sha, por razones de Estado, la del compromiso de Rainiero con Grace Kelly colmó todas las aspiraciones del entusiasmo popular. Esta boda tuvo todos los ingredientes de una leyenda. No faltó siquiera al suceso el carácter de ciertos personajes secundarios, que daban al ambiente la gracia de un cuento de los hermanos Grimm. El padre de la futura desposada era un americano típico, tan típico como la coca-cola, y que apareció en escena con la sintaxis sintética y optimista que tienen algunos relatos del "Reader's Digest". El señor Kelly pudiera haber sido el narrador de esas historias llamadas "Tener asma es un placer" o "Cómo llegué a suegro de príncipe".

La boda, que se celebró con fasto y con luz, en un país no mucho más grande que el escenario de una ópera, ha dado un resultado excelente. Unos niños extraordinariamente sanos y simpáticos han venido a redondear la fiesta; las nurses se inclinan en palacio y la ruleta del casino es el trago saltarín de tanta dicha. Pues bien: nos parece a nosotros que si Grace Kelly, a quien tanto habíamos tenido ocasión de admirar en las pantallas, ciñe ahora la diadema principesco con tanta soltura y dignidad, bien puede haberse producido un relevo satisfactorio que entronice a Soraya en las pantallas. La ex emperatriz ha hecho lo mismo que Grace Kelly..., pero al revés.

Lo que ciertamente es de desear es que ella tenga un gran éxito. Los productores están empeñados en ello. "La impondremos a pesar y contra todo", ha dicho De Laurentiis. En junio le será asignado un nuevo papel de protagonista, dirigida por Mario Bolognini.

Nunca en la historia del cine ha habido tan buen clima para una actriz. Cuando Elizabeth Taylor alarma a las señoras por su inconsecuencia erótica, interpreta el papel de Cleopatra o se dispone a hacer de Reina de Saba; ¿por qué no puede llegarnos de Oriente una emperatriz de verdad para mostrarnos su rostro sereno por tres o mil veces?